
Pensar y hablar con absolutos y relativos

Juan Masiá Clavel, SJ

Resultaría difícil traducir al japonés, país en el que he vivido parte de mi vida, las muchas ideas que se manifestaron en los grupos de las *Conversaciones de Ávila 2006* y que tan maravillosamente han sido resumidas por Quim Cervera. La sensación que me produjo escuchar entonces es que somos muy abstractos y este lenguaje es muy difícil de entender para los japoneses.

Hablamos de valores absolutos, de verdades totales, de relativismos, de dogmatismos, de fanatismos, de muchos ismos.

Tenemos que hacer un esfuerzo por pasar de lo abstracto a la experiencia, a lo concreto, a lo narrativo. Hay psicólogos que afirman que hoy hemos perdido algo muy valioso para la persona: las grandes narraciones.

La primera narración que se me ocurre es contar la experiencia de lo que sentí en el grupo de trabajo de las *Conversaciones*. Permanecí callado al principio. Y después de escuchar muy atentamente pedí permiso para decir mi impresión de lo que estaba escuchando. Me parecía que, a pesar del discurso abstracto que estábamos manteniendo, ninguno de los allí presentes ni los que aquí leamos estas reflexiones podemos ser catalogados como dogmáticos, absolutistas; y tampoco podemos ser cla-

Juan Masiá Clavel SJ, profesor de Bioética y Antropología en la Facultad de Teología de la Universidad Sophia (Tokio).

sificados como puros relativistas, para quienes “todo vale, nada es cierto, todo da igual”.

Un intento de clasificación: vías diferentes

¿Cómo describiríamos a todas aquellas personas que no son ni dogmatistas ni relativistas? Para dar respuesta a esta pregunta algunos inventaron una tercera vía que llamaron *vía media*, dando valor a aquella célebre frase “*in medio, virtus*”. Vía que se parece más a la vía muerta del ferrocarril. Por ella no descarrilará ningún tren. Es imposible que en ella se dé ningún accidente, pues no circula tren alguno. El tren que allí está, permanece parado, sin avanzar ni un tramo.

Hace tiempo yo usaba esta vía en mis clases. Exponía dos extremos y me situaba en el medio. Forma muy fácil para contentar a todos y uno salir muy aplaudido. Recientemente me he separado de todo lo que sea esta vía porque descubrí que supone quedarse en el medio, equidistante de los extremos, inmovilizado. Me he pasado de la vía media a las mediaciones. Vía que he nominado '*el movimiento de la cuarta vía*'.

En la tercera vía existe el peligro del equilibrismo, la conciliación por encima de todo, el conservadurismo, la diplomacia, el contentar a todos. Los japoneses usan la siguiente palabra para nombrar esta postura: "*happou bidyin*". "*Bidyin*" es una belleza y a esa chica que es muy bella le dicen que es "*happou*", que quiere decir que esta chica es una belleza de ocho direcciones, que se maquilla de tal manera que a cada uno le pone la cara que le interesa de tal forma que todos la ven bella y ninguno se atreve a afirmar que es fea. Y esto lo dicen de los políticos, de los obispos, de los religiosos. Es una vía diplomática que a mi parecer es peor que el relativismo.

Ni el absolutismo ni el relativismo –que, muy exagerado, llega a ser un absoluto más–, ni la vía media de la conciliación, de la diplomacia, de la cara bonita para todos... Creo que ninguna de esas posiciones es solución para esta sociedad tan pluralista en culturas, religiones, visiones de la vida, ideologías... en que vivimos.

La vía de las mediaciones o cuarta vía

La vía de las mediaciones, a la que he llamado *cuarta vía*, supone estar siempre en actitud de búsqueda, en un saber o no saber. En proceso continuo.

Y alguien me dirá, pero ¿hay absolutos o no? Yo le contestaré que no lo sé. Pero que esto no me da miedo. Ni me hace tambalear en mi fe, ni en mi visión de la vida, sino que me reafirma en pensar que en parte he encontrado y en parte no. En que he de seguir buscando en compañía de otros. En que no tengo la verdad total, ni mis valores son tan absolutos que tenga que imponerlos a los demás.

En el fondo de toda esta problemática de absolutismo y relativismo pienso que hay dos filosofías distintas y que por no cambiar de una a otra no hay manera de aclarar este debate de absolutos y relativos ni dentro de la iglesia ni de la sociedad. Y nos echamos en cara unos a otros, según conviene, estas etiquetas, creando en unos y otros una mentalidad estática, fragmentadora, de blanco y negro.

Existe por el contrario otra mentalidad muy distinta, que no tiene miedo de avanzar hacia la meta.

Platón afirma que el auténtico filósofo ni presume de haber llegado a la cumbre, ni desiste de trepar hacia ella. Paul Ricoeur dice: sigo avanzando siempre, pero nunca llegaré a un punto de vista absoluto, porque no soy Dios. Sin embargo no me quedo parado, sino que sigo subiendo constantemente, aun sabiendo que nunca llegaré.

Entiendes lo que es saber y no saber. Y entonces se comprende lo que decía Merleau Ponty, que la verdad no es un enfrentamiento entre yo y la verdad. No voy a la verdad yo solo, ni los otros van solos sino que lo hago junto con otros, es un camino que hacemos entre todos. Sabiendo que nunca llegaré. Comprendes aquello de Paul Ricoeur acerca de tender puentes. Comprendes los procesos.

Es lo que Zubiri llama *la estructura dinámica de la realidad*. La realidad no son cosas estáticas, como bolitas ya hechas, quie-

tas, aisladas. Al contrario, la realidad se proyecta en estructuras muy complejas, no quietas.

Esta *cuarta vía* no tiene miedo a la relativización del lenguaje, a la hermenéutica. Las formas del lenguaje han de ser siempre relativas. Cuando se publicó el nuevo *Catecismo* le preguntaron por él al Arzobispo de Milán, cardenal Martini, quien, basándose en lo relativo de los conceptos y del lenguaje, contestó que cualquier catecismo será siempre reformable, lo más que durará será unos

años. El Evangelio de San Juan nos enseña que el Espíritu nos guiará a la totalidad de la verdad (Jn 16,12). Luego no la poseemos totalmente. Si el Espí-

Es presuntuoso pensar que nuestra verdad es única. La verdad no es monopolio de nadie

ritu nos guiará a la verdad a través de los siglos es muy presuntuoso pensar que ahora y aquí ya tenemos toda la verdad, que nuestra verdad es la única. La verdad no es monopolio de nadie.

Y mucho menos absolutas son las definiciones, las expresiones, el lenguaje. Estas no son intocables, como se afirma recientemente en algún documento oficial de la Iglesia. Al contrario, han de ser adaptadas a la cultura y a la realidad existente para que sean inteligibles a los hombres de cada época. Esto mismo afirman los budistas en el *sutra del Loto*. Cuando preguntan quién es el verdadero budista, el del vehículo grande o aquel otro del vehículo pequeño o el de aquel otro vehículo... Y contesta el Buda: soy yo mismo el de todos los vehículos, pero como quiero salvarlos a todos, a cada uno y en cada época, procuro hablarles de tal manera que cada uno me pueda entender. A cada uno hay que hablarles en el lenguaje de su época.

Esta *cuarta vía* es hermenéutica, es heurística, es actitud de búsqueda. Como afirma Lonergan: estoy en el fondo de un valle. Comienzo a subir y en la primera cumbre me encuentro con otra persona, cuyos gestos, iguales a los míos, significan algo muy

contrario. Después de varios intentos de entender los significados tan contradictorios de los mismos gestos, llegamos a un terreno común donde nos vamos entendiendo. Según avanzamos en nuestra ascensión en cada montaña, nos vamos encontrando con otras personas diferentes con las que se repiten las mismas situaciones. Estas montañas no se acaban. Pero hemos llegado a un terreno común en el que nos hemos entendido y al bajar a nuestros respectivos valles intentaremos explicarlo a nuestros paisanos.

Nunca tendré un punto de vista neutral absoluto para hablar de valores.

Características de la cuarta vía

Esta cuarta vía requiere un cierto talante conformado por las características que siguen:

- Perder el miedo a la inseguridad que produce el no tener todo al cien por cien Y no hacerlo solo, sino buscando entre todos, sabiendo que no lo descubriré del todo.
- Hacer por disminuir la incertidumbre que puede producir la inseguridad, mediante la prudencia que, según Aristóteles, consiste en dar juicios que no son caprichosos sino razonables y responsables en contextos de incertidumbre.
- Buscar junto con otros. En una sociedad plural buscar juntos ese mínimo de valores en que converger para convivir unos con otros. Después de muchos siglos hemos conseguido eliminar la esclavitud, al menos en sus formas ancestrales, reconocer los derechos humanos, etcétera. Queremos, pues, seguir avanzando sin tirar nunca la toalla.
- Saber estar en la ambigüedad, por un lado no aumentando la incertidumbre en quienes no pueden soportarla, pero por otro no callando en ocasiones por miedo a escandalizar a algunos, porque dejaríamos de liberar a muchos.
- Tener una mentalidad de proceso, reconociendo que la vida es un proceso, la muerte es un proceso, la paz es un proceso (no es casualidad que los dogmáticos, los seguros, los absolutis-

tas nieguen y se opongan al proceso del comienzo de la vida, al proceso de la muerte y, ahora entre nosotros, al proceso de paz).

–Vivir en la frontera como línea que une y acerca, nunca como muro que separa y divide.

Ésta es la vía que se muestra en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* (24, 14): el camino, la conversión, cambio y reforma continuos, la renuncia a instalarse en instituciones o encerrarse en sectas y el ánimo para conjugar mística y política, reconciliación y profecía.

Nuestra vocación cristiana consiste en vivir caminando, tendiendo puentes, haciendo equilibrios en la frontera. A veces habrá que hacer equilibrios de cuerda floja para permanecer en la frontera, entre la investigación y la divulgación, entre la investigación y la educación, entre estar presentes en los medios y no dejarse manipular por ellos, entre la pastoral y la labor en tierras de marginación, entre la espiritualidad y la moral, entre Oriente y Occidente, entre Roma y Jerusalén, entre ciencias y creencias, entre la fidelidad y la creatividad, entre la pastoral *ad intra* y la misión *ad extra*.

Pero no es menos verdad que el hombre necesita de seguridades, le es muy difícil vivir en la cuerda floja. De ahí que necesite visibilizar lo absoluto o lo que así le parece; incluso crear absolutos para vivir, para soportar las ansiedades, para tolerar las dudas y las incertidumbres.

Aprovechándose de esta necesidad psicológica, el poder crea absolutos para mantenerse y defenderse. Incluso ha llegado a absolutizar de tal modo el mismo poder que le ha conferido en la historia un origen divino de tal magnitud que emperadores, reyes y papas se han sentido elegidos directamente por Dios, manipulando el nombre de Dios de tal manera que en su nombre aún hoy en día se siguen defendiendo verdaderos atropellos morales e incluso invasiones y guerras.

Pero, ¿existen absolutos, o no?

Ahora nos podríamos hacer la siguiente pregunta: ¿existen o no existen absolutos? Los valores que llamamos absolutos, ¿los hemos construido nosotros? ¿Por qué tenemos tanto miedo a relativizar?

Mi respuesta sería afirmar que, para mí que soy creyente, absoluto sólo es Dios. Todo lo demás es relativo. Esto ya lo afirmó en su día el cardenal Ratzinger y san Ignacio en el “principio y fundamento” de los Ejercicios Espirituales.

Así, incluso nuestro lenguaje sobre Dios y las imágenes del Dios Absoluto que hemos ido construyendo son relativas. Él es el innumerable, el incognoscible, el inmensurable. De Él sólo podemos afirmar lo que no es, decía ya santo Tomás de Aquino.

Yo creo que el problema no es si hay absolutos o no los hay, si hay valores universales o no. Eso es algo abstracto; lo concreto es cómo conseguimos converger en valores mínimos.

**El problema es
cómo conseguimos
converger en unos
valores mínimos**

Uno de los valores que hemos absolutizado es nuestra identidad. La identidad en todos los seres vivos, incluido por tanto el hombre, es un proceso. La historia toda marca según sus ritmos la identidad de las personas, va construyendo la propia identidad.

En la búsqueda de esa identidad hemos sacralizado lugares, personas, tiempos, instituciones... Y este 'absoluto' de la identidad dificulta sobremanera la convergencia con los otros. Siendo así que, a decir de los psicólogos, la identidad se reconstruye constantemente.

La identidad es poliédrica, multiforme, no podemos absolutizarla. Y en cada encuentro con el diferente se cuestiona, se hace y se rehace. Esto no es relativismo, tiene otro nombre: búsqueda. El encuentro nos transforma mutuamente. Y nos necesitamos unos a otros.

Reconozco que tengo siempre una limitación, hablar desde una posición determinada, como dice Paul Ricoeur. Yo soy cristiano y siempre hablaré desde esa limitación. No puedo por menos de hacerlo así. De su sombra nadie se separa. Recordad cómo de pequeños jugábamos a saltar nuestra sombra y nunca lo conseguíamos. Pero hago por ponerme en el lugar del otro, aunque nunca sea capaz de lograrlo del todo. Y el otro hace lo mismo que yo. Ni el uno ni el otro salimos de nuestra situación pero el intento de los dos crea una zona en común.

Viví en el Japón mucho tiempo sin saber que el pescado no tiene espinas, tiene huesos. Y yo siempre hablaba de espinas en los pescados y los japoneses se sonreían hasta que un educado japonés me dijo que “en japonés tenemos una palabra para nombrar las espinas de las rosas que es *togue*, pero *jone* que significa hueso, en el Japón se dice de las espinas del pescado y de los huesos del pollo”. Pero a mi observación de que debería reconocer que los huesos que él llamaba del pescado se parecen más a las espinas de las rosas, me respondió: “Tienes razón, me doy cuenta, pero tienes que comprender que en japonés no se dice así”. Empeñarme en que el japonés cambie su lenguaje aunque sea verdad que los huesos del pescado se parecen más a las espinas de las rosas es imponerle mi etnocentrismo.

Otro absoluto que dificulta muchísimo nuestra convivencia con los demás es la Verdad. Mi verdad que la he absolutizado creyendo que ella es la totalidad. La verdad se falsifica cuando se hace dogmática, porque la verdad es procesual, progresiva, acumulativa, abierta. La relación y el encuentro con el otro es lo que es más verdad. Mi verdad que da sentido a mi vida nunca puede ser impuesta, al contrario, tiene que estar siempre dispuesta a ponerse en cuestión con la de otros.

Dos líneas más sobre relativismo

El relativismo no es una corriente de pensamiento en la que todo vale, todo sirve, nada es verdadero. Eso sería nihilismo. Por contra es aceptar que nadie tiene la verdad en su totalidad. Sólo tenemos perspectivas de la verdad, según Ortega.

El problema no consiste en saber si teóricamente existen dogmatismos o relativismos, el problema no es si hay valores absolutos o no, sino descubrir en la práctica cómo colaborar entre todos para encontrarlos, urgidos por los graves problemas de la sociedad actual.

Cómo formar comunidades tanto en el ámbito de fe como en el ámbito cívico capaces de relativizar los lenguajes, dialogar y avanzar en la búsqueda de valores, sin que nadie imponga los suyos.

El problema no es si hay valores o no, sino cómo buscarlos juntos con otros.

Cómo formar grupos de búsqueda en el ámbito humano hasta alcanzar una ética de mínimos a la que las religiones se sumen aportando una ética de máximos, sin imposición alguna, sólo proponiendo... No se trata de discusiones abstractas, se trata de que, urgidos por la necesidad de esta ética tenemos que tomar decisiones prudentes en situaciones inciertas. Nos preocupa, de cara al futuro de la humanidad, ir buscando juntos un conjunto de valores en que tenemos que converger.

Y todo esto hemos de hacerlo con optimismo y alegría, sin renunciar a conseguirlo, animados constantemente por la Utopía... Utopía que para nosotros creyentes cristianos tiene un nombre: Esperanza, “segura y sólida ancla del alma” (Heb 6,19).

Transcripción de una intervención oral,
revisada por el autor, a cargo de E. Estesó.

El debate sobre las células troncales ha puesto sobre el tapete de la discusión una realidad innegable en nuestro país: la realidad del pluralismo moral o ético. España no es una sociedad moralmente homogénea, ni tampoco tan heterogénea que los distintos grupos sociales no compartan un conjunto de valores éticos. Nuestra sociedad es moralmente plural (...) La discusión sobre las células troncales es sólo un ejemplo de la gran cantidad de cuestiones que tenemos que abordar juntos: el hambre, la miseria, el subdesarrollo, la guerra, la violencia...

Adela Cortina
